

Título: Cambios

El lado que te duele predecirá tu voto. ¡Qué hallazgo tan notable! ¡Qué pasmo y qué alboroto! ¿Cómo puede un autor que se respete a sí mismo y a sus lectores insertar tal frase en su escrito? ¿Acaso no apesta a rima barata y a vocabulario trasnochado? Pero tras largo rato se me ocurre una solución, no es ingeniosa pero sí mañosa: imaginemos a una señora de clase alta, de esas que siempre tienen el pelo perfectamente compuesto y huelen a colonia parisina, de esas que suelen limpiar los traseros de sus chihuahuas con un kleenex por miedo a que los animales le ensucien las alfombras persas y los sofás Chesterton. Pues, como decía, imaginemos a una de esas señoras salir de un centro de belleza de la parte alta, da igual que sea Pedralbes o la Moraleja. Allí va taconeando por la calle, chihuahua en brazos, rouge en los labios y gafas negras de Chanel. Una señora así no camina más de 50 metros, suele tener un chófer que le espera como perro fiel o, como máximo, se atreverá a coger un taxi, deseando con ardor que quien lo conduzca hable bien castellano y no sea demasiado moreno. Hemos llegado a la mansión, la verja se abre, el limousine aparca en la grava y el mayordomo Deodoro saluda a su dueña con una sonrisa tan falsa como su peluquín.

-Buenos días, doña Leticia. ¿Le preparo una tisana?- pregunta meliflúo.

-Sí, gracias. Tengo una migraña horrorosa. Iré a descansar un rato. Me la lleve a mi habitación, Deodoro.- Así diciendo se aleja tambaleante y llevándose las manos a la cabeza.

- ¿En qué lado le duele señora?- insiste él.

La señora se da la vuelta para mirarle pero no contesta. Quizás no oyó la pregunta.

Deodoro piensa para sí mismo: “El lado que te duele predecirá tu “botox”....¡Qué hallazgo tan notable! ¡Qué pasmo y qué alboroto!....

Entendemos que la señora de la parte alta no es ajena a los retoques, que sus sesenta años bien llevados no han sido llevados por ella sola sino con la ayuda de un buen equipo armado de seringas y bisturís. Tras cada tratamiento, explotan unas cefaleas atronadoras que dejan a toda la plantilla de la mansión agotada y rabiosa porque es bien sabido que quien mucho sufre quiere sufrir acompañado y ella se encarga de que todos sientan empatía, aun los perritos que aúllan como si se aproximara el Armagedón.

Deodoro ha perdido la cuenta de los que la señora llama “photoshops” pero lo que sí tiene claro es que cada vez más se parece a la tía soltera de Michael Jackson (que una vez vio hojeando una copia de *Hola* en el lavabo en suite de la señora).

Las migrañas se han hecho constantes y recidivas. No hay pausa entre un ataque y otro porque si antes eran post-operatorias ahora son incluso pre-operatorias. Como los perros de Pavlov que salivaban al oír las campanillas, los dolores de cabeza se activan a la perspectiva de una futura inyección botulínica, un peeling químico, un aplanamiento de estómago o una simple exfoliación. Es como si la cabeza de la señora utilizara descarga de dolor para decir que “no” mientras que el cuerpo se deja lijar, hinchar y manosear sin oponer resistencia alguna.

- Su manzanilla, señora.
- Gracias, Deodoro. La deje en la mesita y, por favor, cierre las cortinas.
- La señora quizás querrá un Paracetamol o dos para el dolor.
- No, solo quiero silencio. ¿Qué es este alboroto?

Los dos se quedan unos segundos a la escucha.

- Sus nietos, señora. Están jugando en el jardín.
- Les diga que paren inmediatamente. No estoy para griteríos- dice altiva.

Los nietos la ven muy poco porque cuando irrumpen en sus aposentos casi siempre su cara está embalsamada con vendajes y en el mejor de los casos los niños salen otra vez

corriendo gritando que han visto a una momia en el dormitorio de la abuela. De nada sirve decirles que aquella es, de hecho, su abuela. El alboroto y el pasmo revolotean por la casa hasta que los juegos les hacen olvidar el horror que acaban de presenciar.

Deodoro se ha encargado de esconder las fotos antiguas de la señora donde aparece sonriente y siempre colgando del brazo de algún apuesto varón. De aquel rostro quedan ahora reconocibles solo el brillo sedoso del pelo cobrizo y la altivez del mentón. De la antigua ancha sonrisa ahora queda una mueca extraña, de difícil interpretación. Deodoro piensa en la dignidad del envejecer y se yergue un poco más mientras camina hacia la cocina. Mucha gente dice que envejece bien, y él siempre se ha preguntado qué querrán decir con eso. Sólo últimamente entiende el halago intrínseco en esas palabras cuando al desempolvar viejas fotos de juventud y verse al espejo se reconoce de inmediato.

Cualquiera, aun al cabo de muchos años, le reconocería de inmediato. El tiempo ha sido su mejor cirujano al marcarle el rostro sin destrozarlo, al imprimirle los logros y los fracasos de los años pero dejando su geografía intacta como un lugar conquistado pero no devastado. Deodoro duda si decirle algo a la señora, si acompañar la tisana con algunas palabras cálidas pero sabe que su impulso se quedará abortado porque la vida le ha enseñado que cuando la avalancha está en movimiento, nadie puede parar su caída.

Suena la campanilla, Deodoro sube. Recoge la tasa con el borde manchado de carmín y mira por un momento aquel bulto bajo las mantas, aquel pelo color cobre que en su juventud hizo enloquecer a muchos, incluso a él que lleva más de 40 años a su servicio y sería quizás el único capaz de retratarla con la ternura que se merece. Para los demás, para su familia, ella ahora no es más que la vieja loca, la extravagante millonaria que no sabe cómo gastar su dinero y lo emplea en tratar de detener el tiempo.

- Deodoro, ¿me hace compañía unos minutos?- está despierta
- Ciertamente. Su pelo está guapísimo, señora. —dice él

Ella se toca de repente los rizos como si no recordara tenerlos.

-¿Me encuentra guapa, Deodoro?- pregunta con voz de niña

- Habría que buscar mucho para encontrar a una mujer más guapa. ¿Todavía le duele la cabeza?- contesta Deodoro.

La señora no contesta. Se ha quedado de repente dormida.